



Cuadernos LIRICO

Revista de la red interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia

25 | 2023

A la izquierda, horizontes literarios

Los pasantes

Bernardo Orge



Edición electrónica

URL: <https://journals.openedition.org/lirico/13491>

DOI: 10.4000/lirico.13491

ISSN: 2262-8339

Editor

Réseau interuniversitaire d'étude des littératures contemporaines du Río de la Plata

Referencia electrónica

Bernardo Orge, «Los pasantes», *Cuadernos LIRICO* [En línea], 25 | 2023, Publicado el 15 febrero 2023, consultado el 21 febrero 2023. URL: <http://journals.openedition.org/lirico/13491> ; DOI: <https://doi.org/10.4000/lirico.13491>

Este documento fue generado automáticamente el 21 febrero 2023.



Creative Commons - Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional - CC BY-NC-ND 4.0
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Los pasantes

Bernardo Orge

Me acordé de la época que trabajábamos gratis, te escribo por eso.

Hola.

~

El mundo era un lugar encantador.

¿Te acordás?

Parecía que todos a nuestro alrededor trabajaban gratis también.

~

La terminal de la plaza Sarmiento era una pecera oscura donde de vez en cuando aparecía un pejerrey para tragarse algunas larvas.

Entre la gente había unos que miraban para arriba como si fueran espíritus esperando volver al cielo.

Un gendarme de los que paraban en la pensión de enfrente se escarbaba la nariz y contemplaba sus hallazgos entre los dedos.

~

Era la época que parecía que todos trabajaban gratis.

~

Bajábamos en la rotonda para tomar un café en la estación de servicio.

La moza nos miraba con ojos sin expresión, como si estuviera drogada, y no nos cobraba un peso.

~

Al día de hoy no sé exactamente en qué consistía nuestro trabajo.

Pero ante la duda caminábamos siempre hacia delante en línea recta por la calle, nadie nos pagaba y todo andaba bien.

~

Éramos nuestro propio empleado: mientras caminábamos una idea se nos desprendía de otra idea y de esa idea salía otra más y así por cuadras y cuadras.

~

Era un trabajo encantador.

En cada idea estaban contenidas todas las ideas anteriores y a la vez cada idea que se nos ocurría no era más que una excusa para que se nos ocurriera una nueva idea

después y esa nueva idea a la vez no era más que una excusa para descartar la idea anterior.

No sé si tenés el mismo recuerdo.

~

Creo que lo que quiero decir es que el énfasis no estaba puesto en ningún lado.

~

Nada se transforma, todo se pierde.

Enseguida se nos impuso esa ley, que un día comentaste en voz alta en la estación de servicio, ante la atenta mirada de la moza de ojos sin expresión.

No tiene sentido guardarse algo para uno mismo cuando trabajás gratis, dijiste.

~

Nos mirábamos mientras tomábamos café y nos decíamos cosas.

Vos me mirabas y me decías: sos un autoexplotado.

Yo te miraba y te decía: sos una autoexplotada.

Pero sabíamos que era mentira. No podíamos ser autoexplotados por la sencilla razón de que trabajábamos gratis.

¿Dónde terminaba una cosa y empezaba la otra?

~

En todo caso, decías, Dios también es un autoexplotado.

Y: Dios trabaja gratis.

Y: sí, por eso el cielo es un lugar encantador.

~

Y el gendarme que se escarbaba las fosas nasales –que ahora estaba ahí, en la ronda que se había armado alrededor de nuestra mesa– sacaba el dedo de su nariz y miraba para arriba los tubos fluorescentes del techo, como esperando volver al cielo.

~

Era hora de irse.

Nos parábamos y seguíamos hacia adelante dejando las ideas atrás gracias al impulso de nuevas ideas, pero no sin antes hablar con todo el mundo.

Siempre teníamos tiempo para mirar alrededor y escuchar a los demás en esa época.

~

No podíamos darnos el lujo de dejar de lado nada de lo que los demás nos proponían, teníamos que aprovechar todo, porque trabajábamos gratis.

Tampoco daba perder el tiempo en malentendidos.

¿Pelearse?

Eso es algo que se pueden permitir solamente los que cobran un sueldo.

~

Y mientras nos alejábamos de la estación de servicio caminando al lado de la ruta vos pronunciabas la segunda ley de nuestro decálogo:

buscarás siempre lo simple y lo sencillo.

~

Nadie quiere complicarse cuando trabaja gratis, decías, con una sonrisa que mirada de un lado era clara y mirada del otro era oscura, pero de frente no se veía.

~

Trabajábamos gratis y todos a nuestro alrededor parecía que también:

el gendarme, la moza –que ahora vestida de mameluco chorreaba nafta de un surtidor, se acomodaba un mechón de pelo atrás de la oreja y nos apuntaba con sus ojos sin

expresión-...

...todos los que estaban ahí.

~

¿Cuánto podía durar eso?

~

Mientras nos alejábamos por la ruta vos te dabas vuelta para mirarlos y levantabas las manos para arriba.

Como si fueras un espíritu esperando volver al cielo, pero con los pies sobre la tierra.

*

Frente a la obsolescencia atribuida a los discursos revolucionarios, ¿cuáles son los intersticios del lenguaje en los que empezaron a anidarse las posibilidades enunciativas de las utopías políticas?

Me da la impresión de que utopía y revolución no pueden separarse. La revolución es el reverso de la utopía, su parte incómoda, lo que la utopía preferiría dejar atrás para pasar a otra cosa. Porque la revolución, aunque sea silenciosa, significa cambio y movimiento; mientras que la utopía, si se saca de encima a la revolución, es un ideal inmóvil: ¿quién querría cambiar algo en un mundo perfecto? En el poema que le da nombre a *La calle del agujero en la media*, el libro de Raúl González Tuñón publicado en 1930, el yo lírico sube la escalera del hotel donde vive la mujer de boina azul. Va rodeado de música. Dice que ama la guerra, que él y ella son gitanos de una troupe vagabunda, que las campanas suenan alegres y con una nueva voz. Finalmente — sigamos un poco este juego de transparencia referencial— abre la puerta de la habitación, la ve a ella cosiendo y anota: “tú crees todavía en la revolución / y por el agujero que coses en tu media / sale el sol y se llena todo el cuarto de sol”. Estos versos me llaman la atención. Exagerando un poco se podría decir que son en sí mismos una proyección utópica. Si se los lee de corrido, la imagen se entiende enseguida, es plástica, digamos, o incluso más, gráfica. Pero a la segunda o tercera lectura se advierten cosas menos obvias. Por ejemplo, antes incluso de la imagen: ¿qué significa exactamente, en 1930, que ella *todavía* cree en la revolución? Pero aún más importante: ¿cómo es que alguien *cose un agujero* en una media? ¿Qué quiere decir eso? ¿Que la media estaba sana y ella a propósito le hizo un agujero? Si leemos al pie de la letra parece ser más bien esto y no lo que se entiende cuando uno se deja llevar por el poema, que es que ella está remendando su ropa. Si hubiera querido decir esto último, Tuñón debería haber escrito simplemente “y por el agujero de la media que coses...”, y no lo hizo. Un error, se dirá, no tiene sentido pensar en esas cosas. O, antes que un error, una licencia de carácter prosódico, muy propia de Tuñón, más preocupado por las imágenes y el ritmo que por la precisión semántica, proclive a apuntar los versos sobre la marcha. Sea cual sea el motivo, escribió lo que escribió. Y lo que escribió hace pensar en una aguja maravillosa que al pasar de un lado a otro del tejido de algodón va abriendo un inesperado hueco entre las fibras, como si la que cose, que todavía cree en la revolución, estuviera haciendo intencionalmente ese agujero porque quiere que su media tenga uno. ¿Para qué? Para poder ver la calle, para que por ella pase la luz. Lo que nos lleva a otro problema: ¿cómo es que por ese agujero sale el sol? Pensemos por un segundo en una media agujereada. ¿Esta media en particular está agujereada de los dos lados a la misma altura? Debe ser, porque de lo contrario no podría verse a través de ella el amanecer y, para peor, la luz quedaría encapsulada en su interior y no podría llenarse el cuarto de sol. ¿O es que el agujero, como suele pasar, está en la punta de la prenda y la mujer, en una posición bastante incómoda para zurcir, apunta la media

completamente desplegada, como si fuera una especie de catalejo, hacia donde entra la luz y se ve la calle...? En fin, creo que lo que quiero decir es que es increíble que algo sea a la vez tan fácil y tan difícil de imaginar.

*

Bernardo Orge (Rosario, Argentina, 1988) publicó el libro de poemas *Folk* (2014). Tuvo a su cargo la edición de la antología *25 antenas. Poesía hispanoamericana* (2017) y, en coautoría, la de los libros *53/70. Poesía argentina del siglo XXI* (2015) y *1.000 millones. Poesía en lengua española del siglo XXI* (2014). Entre 2014 y 2019 formó parte del equipo de trabajo del Festival Internacional de Poesía de Rosario.